

XXXVIII

Como un náufrago que se coge al primer objeto que flota á su alcance, Juan se cogió á la coyuntura que se le presentaba y trazó rápidamente su plan, decidido á jugar el todo por el todo.

Dió tiempo á que Amparo entrase en el jardín de Isolina, y á campo travieso se dirigió rápidamente á la casa de la viuda. Según avanzaba, iba sintiéndose más y más agitado, tembloroso. Nadie que lo hubiera visto entonces hubiera reconocido en él al antiguo luchador, que se crecía en los combates y en los momentos difíciles. Esquivó la fachada principal, desde donde le hubiesen descubierto enseguida, y se acercó á una de las laterales, para dar vuelta al edificio, esperanzado de hallar á Andrea en alguna de las ventanas. Pero apenas había caminado unos pasos, cuando la vió avanzar hacia el jardín, cuya cerca comenzaba á la derecha de la casa. Se ocultó prontamente tras la esquina, para dejarla que pasase. Vaciló un

momento. Su deseo y la seguridad que tenía de lo fugaz de aquella ocasión, luchaban en él con los restos de su prudencia. Se decidió al fin por rodear el muro, buscando una puertecilla de escape, menos abierta á las miradas de la gente que la entrada principal.

— Es posible que la haya — se dijo — ó tal vez el muro no cierra por completo.

La puertecilla no existía; pero sí un trozo de encañizada fija, que terminaba por una cancella movible. Entró. El jardín era pequeño, medio francés, con su boj recortado y su rocalla, y medio parque, de árboles frutales y macizos de flores. Vislumbró al punto el vestido claro de Andrea, que asomaba tras un rosal de flor tardía. Con ese instinto que da el peligro, dió Juan un rodeo para cortar la retirada hacia la casa, y avanzó trémulo y demudado. Andrea lo vió cuando ya estaba muy próximo. Dió un grito y dejó caer las rosas que acababa de cortar.

Sin atreverse á hablar, Juan permaneció un momento contemplándola. Conservaba los rasgos de su cara de niña; pero el cuerpo había adquirido la plenitud que los años suelen traer consigo á las solteras, comunicándole cierta seriedad imponente, una hermosura sazónada que rompía las imágenes del pasado, desconcertando los recuerdos por la presencia de algo nuevo que no parecía de ella, de la Andrea de las ilusiones juveniles. El día antes, Juan no se había hecho bien cargo de esta mudanza. Ahora sí, la veía claramente, acusada

por la luz cruda del sol que, triunfando de las nubes, subía esplendoroso al cenit. Pero lo que más le impresionó fué el aire de tristeza, más que de tristeza, de amargura y desencanto, que los ojos de Andrea, sombreados de azul, tenían, y la dureza del gesto con que contrajo la boca.

Pero fué ella la primera que habló, con tono seco, que acentuaba el timbre ronco de su voz.

— ¿Qué quieres? — dijo.

— ¡Qué quiero! — contestó él. — ¿Y me lo preguntas? Quiero sincerarme y ver si todavía hallan eco en ti palabras que en otro tiempo respondían á sentimientos muy hondos, tuyos y míos.

Movió ella la cabeza, negando.

— ¡Es tarde! — dijo. — ¡Llegas muy tarde!

— ¡Si supieras! — siguió Juan. — Lo que tú creíste abandono, fué sacrificio hecho por amor á ti. Quise que, tú á lo menos, te salvaras del naufragio de mi vida, en momentos en que me creí perdido para siempre... ¡También he sufrido yo, y mis horas amargas han sido muchas!

De nuevo movió Andrea la cabeza, negando.

— No. Si hubieses sufrido de veras, como yo, con sufrimiento que avivaba cada vez más el recuerdo de lo perdido, hubieses vuelto á mí... ¿Crees que no sé tu historia? La he seguido paso á paso, día tras día. No has dicho una palabra, no has escrito un renglón, no has realizado un acto, que yo no los haya sabido, porque, á pesar de todo, mi corazón iba tras de ti y necesitaba llenarse de tu vida para no morir... Yo tenía fe en ti, más

fe que tú mismo. Sabía que la victoria sería tuya, al cabo. Y no me engañé... ¿Quieres que te lo confiese todo? Lo diré, puesto que esta ha de ser la vez última que nos veamos. Conservaba, muy escondida, una esperanza de que el triunfo, devolviéndote la confianza en ti propio y en la vida, te traería el arrepentimiento de la iniquidad que cometiste conmigo, resucitando las ilusiones de nuestros años de felicidad... No protestes. Acepto la explicación que has indicado. Es lo mismo y, por mejor decir, es peor. Si te apartaste de mí á la fuerza, con sacrificio, ¿cómo no quedó en tu alma calor bastante para deshacer lo hecho y recuperar lo que habías abandonado?

Calló Andrea, fatigada por aquel arranque en que había puesto todo el vigor de su espíritu, toda su indignación que, exaltada, rebosaba de adentro. Su voz, cada vez más agria y dura, se había hecho silbante á la postre, como si azotara el rostro de Juan. Palpitábale el pecho, agitado, y su rostro, pálido de ordinario, al colorearse por el esfuerzo tomó una expresión de belleza maligna que aterraba.

Comprendió Juan lo falso de su situación.

— Pero ahora — dijo queriendo despertar nuevas ideas, — puesto que vuelvo á ti, arrepentido, dispuesto á renovar las cosas que fueron...

— ¡Cómo te engañas! — interrumpió ella, y en su voz había ahora un tono de lástima, de conmisericordia hacia las ilusiones de Juan. — Esas cosas no vuelven, no resucitan, cuando han muerto á

impulsos de la frialdad y del desengaño. ¿Crees posible que yo tenga en ti la confianza que tuve en otro tiempo? ¿Crees que nos vamos á entender como nos entendíamos cuando el amor era para nosotros una realidad sin mancha y sin fin concebible...? Nada hay capaz de cerrarme la herida por donde se ha ido toda la credulidad, toda la poesía de mi alma. Es una herida ya vieja, incurable. Ha estado abierta demasiados años. Ni puedo quererte, ni puedo estimarte... Y aunque te quisiera, aunque yo también hiciese un sacrificio, no por ti, por la ilusión de lo pasado, que vale más que tú, aunque ahogase por completo la voz de mi desconfianza, no podríamos ya ser felices, porque hemos vivido alejados demasiado tiempo, durante el cual cada uno de nosotros ha seguido camino distinto quizá en todo, y ¡quién sabe hasta dónde serán divergentes nuestros modos de ver la vida!

Avanzó un paso hacia él, como si quisiera que sus palabras le impresionasen más directamente.

— Ya no soy — dijo — aquella cuyo espíritu tú formaste con tus palabras, con tu ejemplo, con tu dirección. Ya no soy como tú querías que fuese para ti, para que nos compenetrásemos, para que nos entendiésemos. Tu obra, á medio hacer, ha recibido ya impulsos muy diferentes. Es seguro que ya no te satisfaría; pero tampoco tú á mí. Aparte de tu traición, de tu abandono, hay muchas cosas en tu vida de tantos años que no sé, porque son de las que se ocultan, y tengo miedo de

saberlas, hasta de figurármelas. Sería inútil que me jurases una y mil veces. Siempre me quedaría el temor de que no dijese verdad y viviría esclava de él. Cuando estabas á mi lado, sabía que eras mío. Después...

Se detuvo, indecisa. Parecía querer seguir hablando para acentuar su pensamiento, para pintar todo el horror que á su corazón causaba aquel pasado desconocido, en que la conducta de Juan para con ella autorizaba todos los supuestos que más hieren el amor propio y la delicadeza de una mujer pura. Sus labios se movieron como si murmurasen algo. Pero, de pronto, retrocedió y huyó locamente en derechura á la puerta del jardín. Antes de que Juan, sobrecogido por aquel acto y por las razones que le precedieron hubiese podido intentar detenerla, había desaparecido.

■■■■■■■■■■

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada 1625 MONTERREY, MEXICO

XXXIX

Lo primero que se le ocurrió á Juan, apenas pudo pensar en algo, fué escapar de aquel sitio y eludir el encuentro con Isolina que, seguramente, estaría espiando el momento de verle reaparecer en el pinar ó en el camino. Tomó á campo travieso, alejándose de las casas, sin saber á dónde iba, ganoso de verse solo y de analizar el desconuelo profundo que las palabras de Andrea le habían producido. Dos ó tres veces intentó detenerse y tomar asiento al pie de un árbol, sobre un margen ó una piedra; pero mirando hacia atrás, le parecieron aún muy próximas las casas, muy insegura la probabilidad de librarse de Isolina ó de Amparo. Anduvo mucho tiempo, quizá una hora, y de pronto halló cortado el paso por el río, cuyo cauce aparecía allí encajonado y profundo, en una gran cortadura del terreno, de paredes poco accesibles. Buscó Juan con la mirada sitio por donde bajar y halló al fin una depresión de la altura, que parecía

indicar una senda. Lo era, aunque resbaladiza y muy pendiente; pero Juan se decidió á seguirla, porque le apeteció aquel sitio, solitario y salvaje, invisible para los que anduviesen por la llanura. Bajó. El cauce era estrecho y mostraba descubierta la capa de caliza, que las arroyadas habían lavado y pulido, año tras año. Un hilo de agua corría por en medio, en una canal estrecha cortada por escalones, en los que resonaba dulcemente aquel residuo de las últimas avenidas; y algunos metros más allá, recogíase en una hoya más ancha que profunda, que llevaba señales de servir de lavadero á las mujeres del contorno, por la espuma de jabón que la bordeaba en algunos sitios.

Sentóse Juan en un resalto de la peña sombreado por la altura más próxima, que parecía querer desplomarse, y dióse á pensar en su entrevista con Andrea. Las palabras de ésta le resonaban aún en los oídos, repitiéndose una y otra vez como si golpeasen para penetrar profundamente en el cerebro. Sentíase vencido por la lógica de aquellas razones con que Andrea había probado, más que lo justo de su resentimiento, la imposibilidad de restaurar una relación cuyas bases más íntimas habían ido quebrantando profundamente el desengaño, la ausencia, la disparidad de direcciones en la vida y el frío mortal del tiempo, que todo lo aniquila y disuelve. La pérdida absoluta de su influencia sobre Andrea; la desaparición de aquel afecto apasionado que Juan vió nacer en ella y á cuyo crecimiento asistió día tras día, gozándose en el despertar de

un corazón virgen por obra suya y á impulso de su cariño; el reflexivo desprecio que se transparentaba por bajo de las palabras todas de una mujer para quien él había sido durante años la suprema creencia, el director y guía indiscutible: todo ello le llegaba al fondo del alma, haciéndole sentir una amargura inmensa, mezclada con las tristuras del arrepentimiento por la parte de culpa que le correspondía. Pero con ser muy grande el desconuelo que de aquí provenía, aún era mayor, más hondo y más irreparable, el del convencimiento que en sí mismo se había producido, de golpe, por el solo efecto de aquellas razones con que Andrea quiso cerrar el camino á toda esperanza, de que el hermoso sueño de restaurar las cosas de la juventud era un puro lirismo, una ilusión forjada por la poesía de la memoria, cuyo privilegio de suprimir el tiempo necesariamente tenía que estrellarse contra las condiciones irreductibles de la realidad. Ese, ese era el punto más doloroso de su dolor profundo y sincero. A medida que hablaba Andrea, había ido sintiendo Juan que, una tras otra, caían las paredes del fantástico edificio que su exaltación forjó, trabajando sobre sí misma, en el ímpetu de sus creaciones irreflexivas; había ido comprendiendo que, aunque Andrea participara de sus ilusiones, lo que él pretendía era imposible, porque mediaba solución de continuidad en ambas vidas, porque el vacío, la cortadura que muchos años habían puesto entre ellas, les impedía ya acercarse y entenderse como si hubieran seguido juntas, paralelas, la

marcha que juntas comenzaron; se había convenido, en fin, de que tampoco él, pasadas las burbujas de aquella embriaguez ideal que le arrastró, hubiera hallado en Andrea la mujer que soñaba, es decir, la mujer de veinte años, tal como la amó y como la veía aún en la magia de los recuerdos, y de que era precisa otra adaptación, otro esfuerzo, más grande que el primero porque le faltaría la savia de la juventud, para que casasen nueva y realmente aquellos dos espíritus, esfuerzo cuyo fracaso casi seguro había de poner miedo en quien mirase estas cosas con la seriedad que pide lo que lleva consigo la felicidad de toda la vida. Y esa impotencia de la ilusión para rehacer lo real; ese engaño de la fantasía, que le recordaba tantos otros de su vida pública; esa derrota del poder del recuerdo en que él había creído tan firmemente durante algunas horas, le herían en lo más hondo de su amor propio y de sus confianzas ideales, le arrojaban á la cara su ligereza y la condición impaciente de su voluntad, y le sumían de nuevo en aquellos temores, que ya más de una vez le habían asaltado en poco tiempo, de no poder reducir las cualidades de su espíritu, causantes del desasosiego y la fiebre cuya curación buscó y le pareció haber encontrado en Villamar.

Desconcertado, desconfiando de sí mismo, temeroso del porvenir, Juan se humilló ante la lección recibida; y en el fondo de su alma se renovaron las hieles que más de una vez, en horas de desaliento, cuando se creyó vencido y rechazado por

todos, le habían traído terribles amarguras, que nunca recordaba sin estremecerse y que creía imposibles de renovar. Parecía como si su vida reculase, repitiendo, tras las dichas amorosas, las miserias de los días tristes, que arrastraron consigo todas las esperanzas. Los recuerdos, que no habían podido proyectarse en nuevas creaciones reales cuando les animaba el soplo de la poesía, convertíanse ahora en la efectividad de un sufrimiento doblemente doloroso, porque en él se juntaban el desengaño presente con las tristezas pretéritas, redivivas. De nuevo experimentó Juan aquella sensación de aplanamiento y rendición invencibles que apocaron su espíritu y le hicieron renegar de la acción, llevándole á buscar en la pasividad, en la renuncia á la vida activa, un consuelo que parecía huir de él cuando más seguro creía estar de haberlo conquistado.



XL

Al llegar la hora de comer, Juan no había aún regresado á Ronesa. Al principio, nadie dió importancia á este retraso; pero á medida que el tiempo pasaba, surgía en todos una inquietud especial, que no se atrevían á confesarse, pero que les llevaba irremisiblemente á las más graves suposiciones. Varias veces estuvo don Vicente á punto de ordenar al jardinero y á otros hombres que trabajaban en las tierras, que salieran en busca de Juan; pero se contuvo por miedo á la chismografía campesina, fácilmente exaltable por la menor causa.

Por fin, y á media tarde, Juan apareció. Venía pálido, decaído, andando lentamente; pero con el firme propósito de ocultar las causas de su ausencia.

— No es nada, no ha pasado nada — contestó á las preguntas con que le asaltaron todos los de la familia. — Paseando, me alejé mucho sin darme

cuenta de lo que andaba ni del tiempo que transcurría, hasta que el cansancio me rindió. Entonces preferí descansar á doblar la fatiga; y me encontraba tan bien, tan tranquilo tumbado en tierra, á la sombra, que las horas se me han pasado sin sentir.

— ¡Pero estás muy pálido!—dijo doña Micaela.

— Naturalmente, tía; es el hambre. Supongo que algo habrán ustedes dejado para mí, aunque ha pasado la hora de comer.

El tono festivo con que Juan hizo esta réplica, disipó la preocupación de todos y no se habló más del asunto.

Al día siguiente, Juan salió muy poco de su habitación. Había pasado la noche intranquilo, durmiendo á ratos, á ratos leyendo para ocupar su atención y sustraerse á las preocupaciones que amenazaban adueñarse de él por completo. Pero éstas eran superiores á todos los esfuerzos de la voluntad y se impusieron al ánimo, comunicándole una melancolía á la que Juan se entregó, rendido, hallando cierta complacencia en aquel estado de abatimiento, preferible, después de todo, á las exaltaciones de otras veces. Como de costumbre en casos tales, buscó el aislamiento, creyendo que en él, descartadas las excitaciones de la relación social, era más fácil restablecer el equilibrio del espíritu. Pero el golpe había sido demasiado fuerte; y la soledad sólo trajo consigo una meditación más continua y profunda, una insistencia en las mismas ideas que, bajo mil aspectos, reaparecían

constantemente, haciendo que la imaginación se consumiera en aquella labor monótona, en que no se renovaban las excitaciones.

La conciencia del peligro que había en esto, llevó de nuevo á Juan al campo, á repetir aquellos paseos de los primeros días en que procuraba abandonarse á la influencia del medio ambiente, para que éste le librase de la esclavitud de sí propio. Pero la naturaleza no ejercía ya sobre él más que un escasísimo dominio. Los mismos espectáculos que antes le conmovían y reposaban, le eran ahora indiferentes, se ofrecían á sus ojos sin despertar eco alguno en el alma. Era como si no los viese. La atención, ocupada en contemplar las preocupaciones interiores, volvía la espalda á las imágenes de afuera y las dejaba infructíferas, en los linderos de la impresión; y si las miraba y parecía dejarse arrastrar por ellas, era por poco tiempo y para volver, como con añoranza, al tema absorbente que había abandonado.

La imagen de Andrea constituía el centro de aquellas preocupaciones, renovándose una y otra vez, siempre severa, acusadora, implacable para con el pobre soñador que se había dejado engañar por la poesía de los recuerdos; y cuanto más trataba de ahuyentarla Juan, más le perseguía y obsesionaba. El efecto de esta constante tensión de espíritu iba siendo el de cambiar poco á poco el estado de ánimo de Uceda.

El abatimiento, la depresión en que se había traducido primeramente el choque con la realidad,

duraron dos días, sin alteración sensible; pero luego fué apuntando un comienzo de reacción que llevaba rápidamente á la protesta, á la no resignación con el daño sufrido, á rebelarse contra la fuerza misma de los hechos, sin reconocerla como invencible. La melancolía pasiva se trocó en exaltación, que aumentaba de momento en momento, reforzada mentalmente por el reflejo de sí misma, tomando proporciones gigantes é impeliendo el espíritu hacia todos los arrebatos; y así experimentó Juan la inquietud que deriva de la meditación á solas, sin nuevos excitantes exteriores que la expliquen, por propia idiosincrasia del espíritu.



XLI

Al volver Juan, ya anochecido, de uno de sus paseos solitarios, con la irritación consiguiente á la conciencia de lo invencible de su inquietud, doña Micaela le llamó aparte y se encerró con él en la sala.

— Noto en ti — le dijo, de buenas á primeras — una preocupación que no sabía explicarme. Tu tío y yo hemos hablado de ello varias veces; pero ahora creo ya saber cuál es la causa. Isolina ha estado aquí.

— Era de esperar — interrumpió él bruscamente. — ¿No le basta con haberse mezclado en mis asuntos sin que yo la llamase y aun quiere averiguar más de ellos?

— Eres injusto — replicó la tía. — Isolina te aprecia. Ha sorprendido, sin querer, un secreto y le preocupa mucho el desenlace de una acción que presume muy confusamente.

— ¿Qué más le da á ella? — exclamó Juan. —